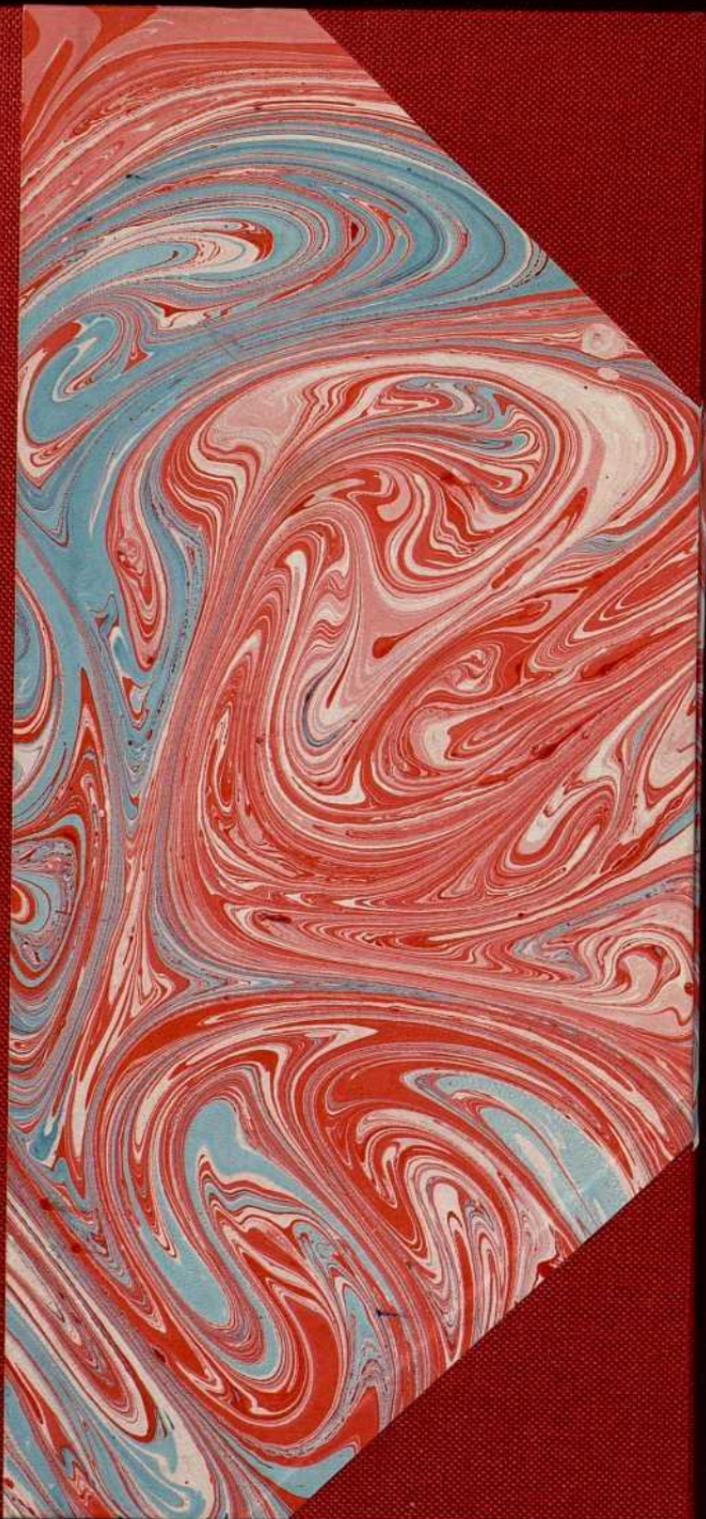


AN
IX
11

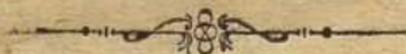


¡CATORCE DIAS!

Felicidad de un Soberano venturoso

POR

D. Juan Tejón y Rodriguez



R. 15.541

MALAGA.—Impr. de El Expreso
MARIBLANCA, 13
1901



Hace ya muchos años, tantos, que quien esto escribe cuenta ya nueve lustros, y al-boreaba su adolescencia, cuando precoce, aficiones literarias le hicieron fijar su aten-ción en los románticos y caballerescos epi-sodios de remota época, en la cual se ense-ñoreaban los muslimes de la península; época fecunda en grandes hechos que en-riquecen la pátria historia, y de que aún nos hablan monumentos que entre sus ala-rifes contaron poderosos califas y sultanes, añadiendo estético atractivo á nuestro país y principalmente al poético rincón, del Africa vecino, y trasunto del perdido edén, que se nombra Andalucía, única madre que he conocido, y á la que, quizá por lo mis-mo, quiero más que otros de sus hijos, que de ella renegar suelen.

Sin elevar á la categoría de estudios serios mis investigaciones, como buen poeta (¡ojalá lo fuese!), no me placían otros trabajos intelectuales que aquellos que á mi capricho se acomodaba, y saltando á placer de unos en otros con inestabilidad pueril, como versatil mariposa en floreciente campo, dí en mis vigiliás con cierta especie de problema moral, leyendo la *Historia de la dominación de los árabes en España*, por Conde, y meditando sobre él, intenté vanamente resolverlo, juzgando al cabo paradójico el enigma en mis sueños de pensador infantil y de trovador en ciernes.

El párrafo incomprensible para mí era éste.

«En una conversaci3n con este buen muslim (Suleiman-ben-Abdelgafir), dijo el rey Abderrahman, que ajustada bien la cuenta de los momentos de perfecta y pura tranquilidad de ánimo en los cincuenta años de su reinado, apenas contaba catorce días de sincera felicidad».

¿Cómo es posible,—decía para mis adentros,—que tan exígua resultase la suma de verdadera dicha disfrutada por el digno nieto de aquel que, sesteando con su rebaño entre los nómadas pastores del Atlas, vás-

tago de la estirpe inmolada en Damasco, alzó potente el califato occidental, cuya grandeza revela el templo que erigió y que es aún asombro de los que en él penetran?

Pues qué, ¿pudo ser tan reducida la síntesis de sus goces para el que espaciaba su espíritu en aquella famosa Aljama que perpetúa la idea del Omeya poderío, después de diez centurias, para el dominador victorioso de guerreros y sábios, el cual hasta en sus amores debía ser venturosísimo á juzgar por las maravillas que amontonó, en recuerdo de una favorita, para asombrar con fastuosos alardes á los que á su sólio llegaban afanosos de rendirle pleito homenaje, prescas valiosísimas ó tributos de admiración?

Pero he aquí que ojeando en conocida casa unos mutilados restos de antigua publicación traspirenáica, pude exclamar: ¡eureka! y aunque poco fuerte á la sazón en el idioma que nos obliga á balbucear las aventuras de Telémaco, tomé apuntes, olvidándome ingratamente del autor que tal servicio me prestaba: aquellos exhumados papeles, no desprovistos de interés, con el aumento de posteriores datos, me impulsan á dar á conocer al benévolo lec-

tor lo que en mis primeras impresiones parecióme inverosímil, quizá porque la irreflexiva juventud, rodeada de encantos, ver suele la existencia tras mentiroso prisma.

Y aquí, en gracia del que leyere este proemio, lo doy por terminado.

Al-Hakem hace abrir el testamento escrito por su padre Abd-er-Rahman (el Magnánimo), trazado por el moribundo califa, que le dejaba el trono cordobés, esplendoroso más que otro alguno en aquella época, y los sábios comentadores mahometanos de Oriente y Occidente, son consultados para que averigüen el sentido de estas palabras.

—«Riquezas, honores y placeres he disfrutado, causando la envidia de poderosos rivales. Con el auxilio del profeta he obtenido cuanto el hombre ansiar puede; más contados fueron los días de mi ventura, y no pasan de catorce. ¡Mortales, apreciad lo que valen la grandeza y el poder!»

Alfakies y alimes (sábios) ensalzaron las glorias del difunto califa; los poetas se inspiraron en ellas, y sus hechos memorables comenzaron á ser narrados por *jabires* y *rawies*; pero los hombres de más reconoci-

do saber, congregados por el ilustre Al-Hakem, no podían precisar en sus filosóficas controversias cuáles fueron los catorce días en que el espíritu del soberano se ensanchó aflojando terrenales ligaduras, para sentir goces más puros. Grande era el premio á que aspiraban sus biógrafos, empeñados en descubrir la impenetrable incógnita; pero las lunas menguaban sin que la luz se hiciese en tan larga polémica, y sólo la cordobesa biblioteca se enriquecía con meditados apuntes, sin que llegara á resolverse la cuestión debatida.

Inspirado el hijo de Abd-er-Rahman en los consejos y buen ejemplo de éste, hizo florecer más y más en su reino la justicia, é imitador de grandes príncipes, descendía de sus alcázares hasta el hogar del menesteroso, cuidando de ocultar su rango en tan misteriosas excursiones para remediar públicas y escondidas miserias.

Cierta noche en que á la naciente claridad de la luna surecaba las aguas del Guadalquivir en ligero *markab* el incógnito personaje acompañado, solamente del áulico Iusuffben-Moad, el remero entonó cantinela morisca, sin presumir la gerarquía de los disfrazados pasajeros que en su batel

llevaba. Indignése el confidente del Califa por la falta de medida del barquero, más advertido á tiempo el soberano cordobés, le hizo comprender su deseo de que aquel continuase su cántiga, que elogió en voz alta.

—Ya que os agrada mi cantar, díjole el batelero Motamid, puedo hacerle oír uno que, á ser mi condición otra, hubiérame valido muchos *mitcales* de oro; tantos como para haber llenado esta embarcación, después de comprar un harem como el del *Hagib*; ¿pero cómo hacer llegar mi voz á una respetable asamblea?

—¿A cuál? preguntó el califa, admirado al escuchar que el miserable remero poseía un tesoro imaginario en sus canciones.

—Me refiero al concurso de hombres doctos que no han sabido ganar el oro del poderoso príncipe reinante, á quien Aláh conserve.

El sucesor del inolvidable Abd-er Rahman insistió en sus preguntas, y el pobre cantor repuso:

—No creais que estoy ébrio: jamás gusté el *ghamar*, pues ese vino, del color del rubí, lo prohíbe nuestra ley venerada; mas puedo asegurar con juramento que los *æques* y doctores congregados en Córdoba, y que

sólo han emborronado pergaminos bastantes para cargar cien camellos, hubieran comprendido que la canción de Hamud, mi buen padre, merecía el premio que en vano se disputaban.

—Oigamos el gran poema del inspirado Hamud, replicó el emir, y si su mérito es tanto como afirmas, tendrás oro para cargar tu motkab y adquirir un harem como el del H. gib.

Motamid quedose perplejo, mas como armonizaban poco las ofertas de su interlocutor con su difraz sencillo, exclamó:

—¡Gloria al gran profeta! Tal vez me creéis loco y dudais de mis palabras, como tengo derecho de desconfiar de vuestras promesas; pero si no podeis darme lo que ofreceis, me contento con que vuestra paciencia galardone los esfuerzos del cantor, mientras á Azahra damos vista.

—¿Tan larga es tu cántiga? preguntó Iusut.

—Con ella duermo á mis siete hijos, uno tras otro, y no me quedan oyentes para la otra mitad.

—¿Cuántas estancias te restan cuando los ha dormido?

—Otras siete, pues con trece queda in-

completo el romance de mi padre, cuyo espíritu gozará de la bienandanza perdurable.

—¡Catorce! murmuró Al-Haken. ¿Y por qué son catorce?

—Porque el buen califa Abd-er-Rahman contaba ese número de días felices cuando visitó por vez última al anciano Hamud.

Iusuf ben Moad, que hasta entonces miró al batelero con aire despreciativo, le animó con una amable sonrisa, y el emir, conmovido visiblemente, ordenó á Motamid que diera comienzo á su canción.

Este recitó al compás de los remos:

«El que tiene por tributarios á príncipes y reyes ha visitado el aduar del menestero, no como un señor imponente, sino como un hermano que busca á los suyos.

El califa ha dicho al barquero:

—Oye con atención lo que voy á confiar-te y revela á mi pueblo el secreto de dichas incomprensibles en los palacios.

Hamud se ha postrado ante el emir y éste lo ha levantado con su poderosa diestra, no rendida por el acero, y la mano del califa ha estrechado la del humilde súbdito.»

Después de breve pausa el remero cantó,

La felicidad no es hija de la victoria.

Era un día en que los habitantes de ciudad populosa acababan de sufrir el castigo de su rebelión. La sangre enrojecía calles y plazas: el incendio alumbraba los cadáveres al grietearse grandes edificios, y los caballos galopaban sobre moribundos alanceados, que caían en su fuga vertiginosa bajo las techumbres de casas que se desplomaban.

Coronada la frente de llamas y con los piés bañados en sangre, entre los gemidos de Zamora, se escuchaba, repetida por todas partes, esta palabra: ¡perdon! ahogándose entre los gritos jubilosos de vencedoras taifas.

¿Qué hacía el gran califa mientras sus vengativos soldados, recorriendo la población domeñada, entregábanse á excesos con la embriaguez que produce la victoria?

Abd-er Rahman había ocultado el brillo de su alfanje, y escondiendo bajo su manto de escarlata un pobre niño, seguía lentamente por el arrabal que este le señalara, llegando á las afueras de la ciudad en demanda de la desolada madre del pequeño.

El califa se cansaba sin desmayar en su empeño: de repente trata de desprenderse el niño de los brazos que los sostenían tendiendo los suyos á una desconsolada mujer que sin sentido, cayera al borde de una zanja.

—¿Es este el hijo que buscas? preguntóle el califa presentándole el niño, que saltaba de gozo.

La estenuada madre no contestó palabra, pero cogió al infante con tal trasporte de júbilo, que no era posible dudar de que lo fuese.

El expugnador de aquel pueblo avasallado, le devolvió su hermoso niño, sin decirle:

«Yo soy el grande y poderoso Abd-er-

Raman»; temiendo que aquella revelación fuese parte para acibarar el contento de la infeliz. Y el vencedor fué dichoso por esta oculta acción, regresando, satisfecho de sí mismo, á la ciudad sometida.

—Si quereis que no continúe, añadió el barquero, os obedeceré, á pesar mio.

Al-Hakem echó al cantor una moneda de oro, y Iusuf le dijo:

—Continúa.

Mientras Motamid se reponía de su sorpresa, el califa apuntaba en una tablita de marfil: «Ofrecer el perdón á los sublevados y fundar un asilo para los niños perdidos y huérfanos.»

El cantor prosiguió.

II

La felicidad no proviene del poder

Los embajadores de reyes tributarios, inclinándose en las gradas del s6lio de Abder Rahman, esperabanlo para ofrecerle ricos presentes, lujosa pedrería y armas del mejor temple, en se1al de respeto y sumisi6n.

Toda la fastucsa c6rte árabe-hispana se hallaba reunida en la bien decorada tarbea, donde se alzaba el asiento deslumbrador del soberano, esperando su llegada, porque al apuntar la aurora había salido de Azahra y ningun funcionario del alcázar sabía, ni adivinaba el objeto de su excursi6n matutina.

¿Qué hacía el gran califa mientras los

farautes de sus grandes súbditos se prosternaban delante de los tapices orientales de su pabellón de estío?

A las márgenes del Bétis se hallaba curando las heridas de un perro de noble casta, mientras el reconocido animal le lamía las manos, demostrándole su gratitud.

El pobre herido estaba sediento, seca la campiña, y el emir sin vasija alguna para sacar agua del río; ¿cómo abreviar al perro? Con sus manos juntas logró hacerlo el califa repetidas veces, y al llegar à palacio, seguido fué por el agradecido animal. ¿Qué importaba al gran señor de tantos vasallos el tributo de soberbios inferiores cuando acababa de ganar un amigo? Encerrado en su aposento, disfrutó las caricias del que le debía tal vez la vida, y encargó al wazir que recibiese los homenajes de los recién llegados de otras tierras.

—

Al reconocer Motamid las dos monedas que Al-Haken le arrojó, escribió este: «Erigir la fuente del perro para los caminantes sedientos»:

Iusuf-Moad ordenó al hijo del poeta Hamud, que siguiese su cantada historia y fué obedecido.

III
**La felicidad no se encuentra en lo que
halaga nuestro orgullo.**

En Córdoba y en Azahra celebran, pueblo y cortesanos, el aniversario de la exaltación al trono del tercer Abd-er-Rahman.

Tapizaban las principales vías arbustos odoríferos y vistosas flores; pendían de los agimeces, festones y guirnaldas, y en todos los monumentos y mezquitas flotaban embleáticas banderolas. Con cadencioso ritmo y al compás de instrumentos sonoros, ensalzaba la poesía las empresas de los Omeyas, y la del imperante sobre todas, llegando al pabellón régio las aclamaciones de entusiasta y regocijada muchedumbre.

¿Qué hacía el gran califa mientras la

multitud lo vitoreaba, juzgándolo diosísimo en su elevación?

Solo y en apartado camarín, se vestía el sencillo traje de montañés del Atlas, que en cofrecillo toscamente labrado conservaba.

Su atavío imperial, recamado de oro, y en el que resaltaban esmeraldas y aljófar, plegado estaba en el pavimento de mosaico, y una piel de cordero traía sencillamente à la memoria del soberano el recuerdo del fundador de su imperio, del inolvidable Abd er-Rahman I, su ascendiente, cuya vigilancia salvara muchas veces su rebaño de las zarpas de leones y panteras.

El califa conservó todo el día su vestidura de pastor, bajo la ostentosa que cuadraba à su rango.

— Oigamos tu cuarta copla, dijo Al-Hakem, al entregar cuatro monedas al barquero que, emocionado, sólo pudo inclinarse respetuosamente en señal de gratitud. Aquel hizo este apunte: «Instituir la fiesta de los pastores, distribuyéndoles vestidos; premiar al mas celoso guardador de su ganado y presidir la fiesta con el traje de Abd er-Rahman I».

Motamid prosiguió.

La felicidad no depende de la abundancia de bienes.

El califa, seguido de su séquito y halconeros, dejó con estrépito el recinto de Córdoba, dirigiéndose al Soto de las Palmeras. Súbitamente se cubrió de nublados el horizonte, y como un denso velo se extendieron, reinando la oscuridad. La lluvia cayó á torrentes y los relámpagos, cruzando sus lenguas de fuego al estallar la tormenta, espantaban á caballos y ginetes, que recorrían peligrosos senderos, de los pájaros conocidos.

¿Qué hacía el gran califa mientras sus monteros dispersos lo buscaban para abroquelarlo con sus cuerpos?



Acompañado por un rústico *bedawi* (campesino), que le ofreció la mitad de su tosco albornoz para ampararlo contra el fuerte aguacero, caminaba á su lado, después de abandonar su caballo, que rodó en escabrosas laderas, desgarrado por punzadoras zarzas.

—El califa sí que es dichoso, decíale el labriego; tiene donde guarecerse de la lluvia entre ricas telas de seda y de oro, bajo artesones de perfumado alerce, artísticamente pulimentados, mientras nosotros solo podemos cubrir nuestras carnes con tosco tejido de lana; pero el manto del pobre es demasiado grande cuando puede, sin despojarse por completo de él, dar una parte á su hermano si lo encuentra desahogado.

—Sí, repuso Abd-er-Rahman; como la mesa del pobre es tambien bastante grande cuando puede sentar en ella á un amigo.

—Y pues que ya lo eres mio, contestó el campesino comeremos juntos.

El emir siguió hasta su choza, donde tres hijas lo esperaban inquietas, las cuales recibieron al desconocido con el mayor agrado.

—El califa es feliz, replicó el *bedawi*,

porque tiene infinitas esclavas para que lo sirvan.

—No, repuso aquel; el califa es feliz por qué vé que la ley de la hospitalidad se guarda en sus estados, y se cree aun más dichoso cuando contempla el bello espectáculo del amor filial. Cierto es que sus esclavas lo sirven prosternándose en su alcazar, pero no es menos cierto que aquí se le obsequia con ese dulce afecto, nacido del corazón, que es infinitamente más aceptable. El honrado labriego comprendió, al oír estas palabras, á quien tenía la honra de albergar, y el régio huésped contó aquel día, como el cuarto de su ventura.

—

Al llegar aquí el barquero se detuvo, dando lugar á Al-Haken á que sacase de su bolsa ocho monedas, más en vez de tirárselas, ordenó á su confidente que las entregase al cantor, apuntando en su *memorandum* «Hacer levantar tiendas en los caminos para que sirvan de refugio á los viajeros sorprendidos por la tempestad.»

Motamid, cada vez más admirado de su fortuna, prosiguió.

V

La felicidad no depende de la venganza

Un reo de Estado iba á expiar su delito de un modo imponente: el pueblo impresionable se agitaba en deredor del paraje destinado para el suplicio, y los magnates del imperio con los xeques, ocupando la plataforma para ellos dispuesta, se disponían á presenciar el tormento horroroso que había de acabar con la vida del insolente que osó levantarse contra el poder del gran jerarca.

¿Qué hacía el poderoso Abd-er-Rahman en tanto que guardias y verdugos terminaban los preparativos de la ejecución, y los impacientes espectadores aguardaban el

momento fatal que el sentenciado veía llegar aceleradamente?

Apesarado paseábase por la galería, pavimentada de mármol, donde, á través de áureas y fuertes barras, se antreveían feroces alimañas cogidas en los desiertos líbicos.

El califa se detuvo ante la jaula de su predilecto león, observando una escena curiosa. El rey de las selvas tenía entre sus garras un acobardado gazapillo que, temerariamente penetró en su morada, gozándose al parecer en inspirarle fundados temores: los ojos de la fiera brillaron de un modo siniestro, y compadecido el emir del incauto y pequeño animal, que espantado temblaba, gritó:

—¡León, no lo mates! La fuerza no debe ser derecho, sino virtud que obligue á proteger al débil.

El que fué terror de osados bereberes se detuvo, miró á su amo, apartando una de sus terribles manos del cuerpo de su víctima, vaciló un instante, y azó la otra, volviendo su melenudo cuello con desdén; así dió lugar para que el indefenso gazapo se repusiera, dejándolo cruzar como disparada flecha entre los hierros de su vivienda,

mientras se recostaba noblemente con cierto aire de triunfo.

El califa se acordó del infeliz que se hallaba en manos de la justicia.

El perdón que solicitó para un ser débil, podía concederlo á quien eternamente se lo agradecería. El inexperto animalajo turbó el reposo del león como el rebelde perturbador había atentado contra el sosiego del príncipe. ¿Debía ser aquel mas clemente? Satisfecho de sí mismo, imitó al que en los bosques imperara, y jamás descansó Abd-er-Rahman con un sueño mas dulce que el que entornó sus párpados aquella noche.

Al tomar aliento Motamid se levantó Al-Hakem, diciéndole:

—Toma estas diez y seis piezas de oro que me restan. ¡Bendita sea la memoria de tu padre!

Tanta liberalidad causaba grande asombro al cantor, que inmediatamente guardó treinta y un mitcales en su bolsa de cuero, mientras el desconocido escribía: «Perdonar á Malajani, hijo de los enemigos de mi raza».

Iusuf se quedó profundamente dormido al continuar su caución Motamid.

VI

La felicidad no estriba en un vano renombre

Reuniéronse en el alcázar de los Omeyas los poetas y los legisladores mas famosos para celebrar un certámen, debiendo ser coronado el autor de la obra más trascendental y perfecta.

El vencedor de los mas sábios musulimes sería conducido en triunfal carroza por los sitios principales de Córdoba entre las entusiastas aclamaciones de la multitud, y era condicion indispensable para optar al premio que el denso velo del anónimo envolviese los nombres de los doctos opositores.

La única gloria que no brillaba en la per-

sona del memorable califa era esta, y anheloso presentía que la diadema del genio iba á aumentar mas resplandor á su grandeza, pues aprovechando breves horas de quietud, había terminado un estudio profundo de moral y legislación que los jueces recibieron para su exámen, desconociendo la procedencia de tan valioso tratado que revestía en su galanura cierta forma poética.

¿Qué hacía el gran califa mientras reunida la asamblea juzgadora, iba á pronunciarse el veredicto que daría la inmortalidad á su nombre en el mundo del saber, y muchedumbre científica esperaba saludar al venturoso autor para conducirlo hasta el vestibulo donde paramentada, aurífera carroza, iba á ser el trono de su apoteosis?

Inquieto por ignorar la suerte de su poema, dirigióse á un extremo de la ciudad donde residía un afamado morabito, respetable por sus conocimientos profundos y contemplativos ejercicios de penitencia.

¡Salud al califa! exclamó el octogenario.

¡Respeto al venerable sábio! contestóle el príncipe, añadiendo: más bien que el señor que honra á su súbdito, soy el discípulo que busca enseñanza.

Verificada la consulta y penetrado el fakí de la índole del trabajo expuesto por Abd-er-Rahman, quien le recitó algunos períodos, le dijo aquél:

—Espero que seas laureado.

El califa se levantó: en sus ojos irradiaba el orgullo.

—¿Dónde vés? le preguntó el anciano, deteniéndolo:

—A que mi pueblo vea que no solo obedece á un caudillo, puesto que á los laureles de la lid puedo mezclar los que el talento alcanza, dijo entusiasmado el emir.

—¡Gualá! prosiguió enérgicamente el morabito: te creo demasiado noble para que la vanidad te haya inspirado los sublimes conceptos que en tu obra resaltan. Si has querido levantar el espíritu de los hombres, ilustrándolos, y hacer que grandes verdades resplandezcan para enaltecer á la humanidad, ¿qué te importa una corona más sobre tu frente, cuando los *alimes* te han de llamar bienhechor de los mortales? Aquí, míralo bien, no encontrarás diademas que he merecido mucho tiempo hace, porque mis poemas, como los de Antar, se han hecho célebres, y mis obras científicas respetadas por censores severos, dando en ellas

la norma de leyes que has puesto en uso, y entre tanto, en mi aislamiento, he gozado del bien que he hecho y de una gloria por nadie eclipsada. Si te presentas à recibir el premio, se dirá tal vez que la obra no es tuya ò que la calidad del autor inclinó á los jueces que nada ignorarian; y si, por el contrario, tu nombre queda oculto, hasta tus émulos y enemigos oirás que elogian la modestia del desconocido escritor, elevándolo hasta juzgarlo un semi-Dios.

Al regresar el califa á su morada supo que el más caracterizado de los alimes que componía el tribunal científico, acababa de llamar por tres veces al que debiera ostentar la corona ofrecida al saber.

El trabajo premiado era el suyo; pero se abstuvo de confiar á nadie su secreto.

A sus vencidos rivales no pudo mortificarles un triunfo que lo enaltecía á sus propios ojos, y satisfecho por su noble proceder, experimentó una satisfacción interna, que la vanidad es impotente para hacer germinar en el ánimo.

El carro triunfal fué llevado por la población con la presea ganada por génio desconocido, sobre ricos y franjeados cojines, y un plegado velo con relucientes len-

tejuelas, indicó á la muchedumbre que su curiosidad no podía quedar satisfecha.

— Motamid abandonó los remos para enjugarse el sudor copioso que lo bañaba, y Al-Hakem le dijo:

— El tesoro real te debe treinta y dos mitcales.

— Encuentro bien hecho el cálculo, contestó aquel; pero ¿quién ordenará que se pague un trabajo que el pobre barquero ofrecía gratuitamente?

— ¿Quién? replicó el disfrazado califa, estrechando la mano de Motamid. ¿No adivinas que puedo disponer del tesoro y de tí?

Asombrado el hijo de Hamid, quiso postarse ante el emir; pero éste le ordenó que prosiguiera su cántica y entre tanto trazó estas palabras: «Fabricar una mezquita en honor de los bienhechores ignorados de la humanidad, orando en ella por mi padre».

Los remos volvieron á hendir la cristalina corriente y la voz del cantor resonó de nuevo.

The first part of the book is devoted to a general
 introduction of the subject, and to a description of
 the various methods which have been employed
 for the purpose of determining the true
 nature of the matter in question. It is
 shown that the most accurate method is
 that of comparing the results of the
 different experiments with each other, and
 with the results of the most accurate
 experiments which have been made.
 The second part of the book is devoted to
 a description of the various methods which
 have been employed for the purpose of
 determining the true nature of the matter
 in question. It is shown that the most
 accurate method is that of comparing the
 results of the different experiments with
 each other, and with the results of the
 most accurate experiments which have
 been made.

VII

La felicidad no se experimenta subyugando al débil.

Los nobles musulmanes residentes en la corte, lucían sus galas y sus joyas reunidos en torno del imperial palacio, para presenciar la erección de una columna destinada á perpetuar la memoria del glorioso emir imperante.

Para dejar aislado el soberbio recuerdo de su grandeza fué dispuesto el ensanche de una plaza, y el árabe arquitecto que en los monumentos de Bizancio se inspirara, hizo derribar veinte pobres moradas de infelices cordobeses, despreciando los sagrados derechos de la propiedad.

Los desposeídos, cabizbajos y llorosos,

sacaron sus mujeres é hijos para buscar asi lo en algun lugarejo inmediato, viendo caer los techos que los cobijaran en sus primeros años.

Opulentos, caudillos, artistas y hombres doctos, lumbreras de las *madrésas* ó academias, rodeaban al grande Abd-er-Rahman: los pueblos y alquerías inmediatos á la Damasco occidental, quedáronse desiertos, acudiendo sus moradores para presenciar la ceremonia, y la multitud hacinada producía un rumor semejante al zumbido de inmenso colmenar. La guardia con sus picas, extendida en largo trayecto, como fuerte barrera, contenía la apiñada muchedumbre, ávida de sensaciones en todo tiempo, y mucho más tratándose del pueblo muslita, impresionable como el que más.

¿Qué hacía el gran califa mientras le presentaban cuatro esclavos negros, áurea vasija con argamasa, y uno de sus ministros ponía en su mano rico palustre de plata con mango de ágata oriental?

Observa que, atravesando por medio de la multitud, veinte hombres se iban aproximando, seguidos de acémilas cargadas de pobrísimo ajuar, niños casi desnudos y al-

gunas desconsoladas mujeres, dirigiendo tan singular caravana un encorbado viejo, en cuyo semblante se reflejaba la desesperación de que parecían poseidos los más jóvenes.

El califa mandó abrirles paso hasta él, y adelantándose el anciano, le dijo con voz reposada:

—Poco tiempo esperaré la muerte, ¡oh mi señor! por lo tanto te ruego me permitas que te dirija algunas frases, y siempre estás á tiempo de hacer que aquella me libre de tormentos, poniéndome en manos de un verdugo.

Y levantando las suyas al cielo continuó, obtenida la venia del emir:

—Los desdichados que se postran á tu presencia, heredaron aquí de sus mayores el hogar á cuyo calor crecieron ellos y sus hijos: sin que haya quien los indemnice, se les ha lanzado de sus moradas para que sobre la humildad del débil se levante la soberbia del fuerte. Así el recuerdo de la desgracia estará por cima de el del poderío. Escrito está: «La única gloria que no se extingue es aquella que sobre la virtud se asienta». Tambien he leído: «No fabricarás sobre la injusticia, porque la tierra

usurpada, semejante á la arena movediza, tiembla bajo los monumentos del usurpador, y en breve lo derrumba. Respóndeme, pues, jefe de los hijos de Islan, ¿podrás gozar en paz de tu renombre, cuando cada molécula del polvo de estos escombros va á caer sobre tu conciencia con el peso de una montaña?

Las observaciones del orador decrepito aumentaban la sorpresa del soberano, pero su mirada no descubría oculta cólera, y con dulce, suavísimo acento, le animó diciéndole:

—Continúa, para que tus palabras no se pierdan, en voz más alta.

Su interlocutor siguió diciendo:

—Para disminuir el terrible peso que debiera oprimirte el día del gran juicio, nos llegamos á tus piés. Yo he dispuesto que por espacio de diez años, cada uno de estos pobres despojados de lo que suyo era, venga diariamente á socavar y llevarse un saco lleno de esta tierra que les fué arrebatada en tu nombre, para que en el destierro puedan mezclarse sus huesos con el polvo amasado por sus abuelos.

Todos esperaban con ansiedad la decisión del árbitro cordobés, y éste, conmovi-

do, extendió sus brazos sobre el enarcado cuello del anciano, envolviéndolo con su capellar de escarlata. Despues de un breve y solemne instante, el califa hizo saber á todos los que lo rodeaban, que las barracas iban á ser reemplazadas por bien construidas viviendas para los que desde entonces tomaba bajo su amparo, desistiendo de la ereccion de la columna.

Motamid hizo la sétima páusa, y Al-Hakem escribió: «Abolir la confiscacion de bienes».

—¿Cuántas monedas te debo por esta parte de tu cantica? preguntó el segundo.

—Segun mi cuenta, serán sesenta y cuatro; pero no me atrevo á creer...

—Sigue cantando, contestóle el califa, y sin replicar fué obedecido.

VIII

La felicidad no es engendrada por la molice

Sentíase un calor asfixiante, las ventanas se hallaban cerradas, y arabescos, tupidos cortinajes, protegían el interior de las habitaciones contra el ardor de los rayos solares: caldeado el pavimento de las desiertas calles, quemaba los piés del que obligado veíase á cruzarlas, absorbiendo los arroyuelos que de las fuentes se escapaban. El aspecto que ofrecía Córdoba, con las puertas de los palacios herméticamente cerradas y las plazas sin gente alguna, era el de un pueblo maldito, sobre el cual hubiera relampagueado la segur niveladora del ángel exterminador, sepultan-

do en sueño sin fin á todos sus moradores, que disfrutaran ante los goces de envidiable prosperidad.

¿Qué hacía el gran califa mientras los sibaríticos potentados de su imperio se rodeaban de las comodidades que el lujo y la voluptuosidad inventan, para resguardar al hombre de la influencia del astro abrasador?

Al regresar de una de sus matinales excursiones, recostóse á la sombra de un olivo añoso, que con sus ramas le ofrecía ancho toldo de azulado verdor. Durmióse, y á poco lo despertó el monótono cantar de un pobre esclavo que se ocupaba en abrir una acequia: gota á gota destilaba su casi desnudo cuerpo, copiosísimo sudor que se perdía en la removida tierra, y en la seguridad el califa de que su atavío lo disfrazaba completamente, se aproximó al desdichado trabajador para conversar con él.

—¿Cómo puedes, le preguntó, continuar alegremente esa dura faena con el calor que se deja sentir?

—La verdadera alegría nace de la convicción de haber cumplido con un deber, contestó el interrogado; créome en el derecho de estar alegre, obedeciendo á quien

me manda, y como nadie puede reprochar me, estoy satisfecho de mí mismo.

— Pero no lo estarás de tu amo que así te expone á que tú no estés vivo. ¿Ignoras acaso que hasta los trageros buscan en día como este una sombra para sus bestias de carga? Cruel será sin duda tu señor.

El amo no me ha dicho «trabaja», porque soy el esclavo á quien más distingue y me quiere tanto como á su hermoso perro sevillano; pero mandó al viejo Omar que abriera esta acéquia y como ya tiene pocas fuerzas, caería estennado ántes de llegar á la cuarta parte. Omar es mi padre, se ignora que yo lo sustituyo, y mañana cuando venga nuestro señor á visitar su heredad, se encontrará el trabajo hecho.

Después de este sencillo relato, se enjugó la frente el generoso esclavo y continuó su interrumpido cantar. Absorto Abd er-Rahman, lo contempló en silencio, y reparando que al borde de la zanja había otro azadon, apoderóse de él, aunque pesaba diez veces más que su imperial e parda, y acostumbrando su brazo á tan enorme peso, comenzó á trabajar como si el sol no enviase sus más ardientes rayos y la suerte le hubiera hecho hijo del infeliz anciano Omar.

—¡Adelante! le decía su compañero de trabajo.

—¡Adelante! repetía el gran califa, muy satisfecho al tomar activa parte en tan loable acción.

Dos horas después estaba casi terminada la acéquia y el esclavo despidió á su generoso auxiliador diciéndole:

—Que Dios te recompense, hermano, y te dé hijos que á tí se igualen.

—Adios, hermano, respondió el príncipe: que el Todopoderoso te oiga y dé la libertad á quien la merezca.

Desde aquella tarde Omar no tuvo que temer castigos. Un jefe de la guardia imperial de Azahra había rescatado al viejo esclavo y á su hijo, en nombre del poderoso Abd-er-Rahman.

—

—Esta octava copla no la había llegado á escuchar nadie, continuó el barquero, porque todos mis oyentes se han dormido al mediar mi cantinela.

Al-Hakem no lo atendía, escribiendo sobre la hoja de marfil: «Destinar constantemente grandes sumas para rescatar esclavos de avanzada edad.»

—¿Ciento veintiocho mitcales de oro? preguntó Motamid.

—Y además, respondióle el califa, te prometo hacer la suerte de tu séptimo hijo.

Aquel se inclinó en señal de profundo reconocimiento, y emprendió con más brío su canto, mientras Iusuf comenzaba á roncar.

— Y además, respondióle el califa, le
prometo hacer la guerra de tu séptimo hijo.
— Aquel se inclinó en señal de profundo re-
conocimiento, y emprendió con más brío
su camino, mientras susl comenzaba á son-

guerra debían inclinar la espada todos los concurrentes.

Con tales, matanzas torpes y flojas, tuos, salpicadas de estrellas, apariciones multitud de ruidos, lanzado débiles ar-

monías que asoron el aire, mezclándose á las populares aclamaciones y repelidos vítores.

¿Qué hecla el gran cañón mientras la plebe respetosa escuchase viendo de allí

La felicidad no ha de buscarse inspirando terror

Abd er Rahman á favor de un sencillo traje de peder, se abrió paso por entre el gentío y colocado detrás de la compacta

Después de una famosa victoria obtenida en Navarra, volvía como *naib* ó capitán de su huésped el glorioso Abd er Rahman para descansar en Medina Azahra sobre los laureles de su triunfo,

Un arco de odoríficos ramajes, adornado con festones de azahar y encendidas rosas, cubría la entrada de la población y, formando prolongada calle los curiosos y entusiasmados andaluces, descendientes de orientales tribus y africanas kabilas, se agitaban como inquieto mar, ansiando vitorear al protegido por Alah, ante cuyo corcel de

guerra debían inclinar la cabeza todos los concurrentes.

Con talares, matizados ropajes y flotantes tocas, salpicadas de estrellas, aparecieron multitud de músicos, lanzando bélicas armonías que asordaban el aire, mezclándose á las populares aclamaciones y repetidos vítores.

¿Qué hacía el gran califa mientras la plebe respetuosa enardeciase viendo desfilar los ginetes alarbes con sus caudillos lujosamente engalanados?

Abd-er-Rahman, á favor de un sencillo traje de bereber, se abrió paso por entre el gentío y colocado detrás de la compacta barrera de sus súbditos, pasó, cabalgando en árabe potro, la revista de sus vencedoras falanjes. Una niña lloraba porque no le permitían ver el imponente desfile de escuadrones y taifas, y notándolo aquel, se inclinó tendiéndole los brazos al dirigirle esta pregunta:

—¿Qué es lo que buscas con tanto afán, rapazuela?

—Quiero ver al califa, nuestro señor, que Dios conserve, porque mi padre me ha dicho que no se le puede mirar cara á cara: tal és el resplandor de sus ojos, que des-

lumbra como un relámpago.

—Y si tu padre ha dicho la verdad, ¿te atreves á afrontar el peligro de quedarte ciega?

—Sí, contestó la niña, por verlo bien me aventuraría á todo.

Abd-er-Rahman la tomó en brazos, y sentándola en el caparazón de su caballo, pudo ver aquella inocente los pelotones de guerreros que marcialmente se sucedían.

—Pero no descubro al califa, decía la pequeña; sus miradas no han brillado como afirma mi padre.

Abd-er-Rahman la colocó frente á él, interrogándola:

—¿Y si yo fuese el califa, hija mia, á quien buscas inútilmente entre las filas que has visto cruzar?

—Eso no puede ser, porque mi padre no miente. Pero ello es que yo lo he visto en sueños, después de haber orado por él, y se os parece, sobre todo, en lo bondadoso.

—¿Qué pides en tu oración? preguntó el conmovido emir.

—Que Dios proteja á los buenos y los ensalce sobre los demás hombres, para que los malos no sean felices en la tierra ni en el paraíso. Si el califa es tan afortunado

en sus empresas, debe ser porque no habrá rey mejor en el mundo; y puesto que os habeis interesado por mí cuando nadie me atendía, valéis más que los que no me escuchaban, y por lo tanto, mereceis, á mi modo de ver, más que los insensibles.

Este sencillo razonamiento penetró en el corazón de Abd er Rahman, el cual, compadecido del pueblo que para humillarse ante él lo esperaba, besó á su protegida, que le sonreía, dirigiéndole esta nueva pregunta:

—¿Con que tú no tiembles al mirarme?

La niña apoyó su cabecita rubia sobre la aljuba del guerrero, y dijo sencillamente:

—El pájaro que huye asustado del cazador, canta bajo el ala que lo defiende.

Espoleando el dócil potro rompió el califa la muralla viviente que de sus seguidores lo separaba, y colocándose al frente de un lucido escuadrón, presentó á su pueblo la inocente criaturita que lo acariciaba, prorrumpiendo en estas palabras:

—Alzáos y aprended de esta pobre niña cómo debe amarse á los príncipes.

Al-Hakem añadió á sus apuntes:

«En adelante mis subordinados me hablarán de pié.»

Y dirigiéndose al remero preguntóle:

—Acreedor del tesoro, ¿cuánto te debo?

Titubeando Motamid, murmuró con entrecortado acento:

—No me atrevo á decir á vuestra grandeza que esta parte del romance debe valerme doscientos cincuenta y seis mitcales, puesto que sería demasiado pedir.

—Esa es la cuenta que te será abonada, afirmó Al-Haken, mientras tomaba aliento el barquero para cantar la estancia.



X

La felicidad no estriba en hacerse envidiar

Según la añeja costumbre observada desde la fundación del califato, los ministros del imperio y jefes de *amellias* ó provincias, mandaban publicar á son de trompeta el número y valía de pueblos subyugados al poder del Islam. Vocingleros funcionarios, precedidos de añafiles y atabales, y escoltados por curiosa multitud, recorrían los sitios más concurridos de Córdoba, haciendo entender á sus moradores con ruidosa algarabía que estaban en la obligación de ser sumisos vasallos del monarca más respetado del continente.

—¡Qué feliz debe considerarse el que

manda en tantos millares de hombres pudiendo disponer de tan inmensas riquezas! Así discurría el pueblo, siempre admirador de lo que brilla, y que juzgar acostumbra dichosos á los que halaga la fortuna, sin tener en cuenta, á veces, que la verdadera felicidad tiene por base la moderación en los deseos y el amor y práctica de la justicia.

¿Qué hacía el gran califa mientras gran parte de sus súbditos, envidiando su poder y su riqueza, repetían por todas partes:— ¡Qué feliz debe ser!

En el más apartado extremo de sus pensiles de Azahra había fabricado alegre golondrina, al clarear las risueñas alboradas de Abril, su alto nido, y el viento al mover el ramaje protector, lo dejó caer, quedando únicamente ileso uno de los huevecillos, cual quedar suele una esperanza cuando se pierden los bienes terrenales.

Las cautivas privilegiadas del harem al pasearse meditabundas por las discretas alamedas del jardín, habían aproximado, sin advertirlo, la punta de sus preciosos chapines, recubiertos de perlas, al frágil cascarón, y ninguna de las del Mogreb, ó españolas beldades, ni de sus esclavos guar-

dadores, se había tomado la molestia de colocarlo en el musgoso nido sobre el cual aleteaba la avecilla inquieta. Abd-er-Rahman compadeciéndose de la pobre madre, y trepando por el tronco en que la yedra serpeaba, afirmó el lecho de la solícita golondrina, devolviéndole el objeto de sus cuidados.

Diariamente visitaba aquel sitio Abd-er-Rahman, hasta que oyó una tarde confusamente débil piar que contestaba el gorgceo del ave. La alegría que experimentó el emir fué quizá más intensa que la producida por una gran victoria. El pajarillo vivió por él salvado. Debíale la existencia un ser, y esto lo elevaba por encima de los guerreros que, sacrificando vidas, se coronan de láuros.

—

El hijo del poeta popular Hamud miró al califa, como dudando que aquella parte de un sencillo poema pudiera valerle tanto oro, pero este no se apercibió de su intencional mirada al proseguir sus apuntes. «En todas las grandes poblaciones se establecerán asilos, donde bajo el título de Niño de la Providencia, puedan ser socorridas en su alumbramiento las desdichadas», y

dirigiéndose al cantor le dijo:

—Añade quinientos doce mitcales a la cuenta que se te abonará.

Si es la voluntad de vuestra grandeza, nada tengo que objetar, contestó al barquero, continuando su tarea.

XI

La felicidad no acompaña á aquel que temer se hace.

Con un nuevo edicto se hizo comprender al pueblo por los aduladores cortesanos, sus deberes para con el magnífico señor á quien obedecían. Transformado en culto religioso el respeto al superior jerarca, se marcaban severos castigos para aquellos que no se inclinaban profundamente al aparecer en su presencia.

Pasó esta orden de boca en boca, desde las plazas á los aduares más lejanos, esparciendo el terror, pues era cosa fácil aparecer desobediente por dejar de conocer á Abd-er Rahman en sus frecuentes excursiones de incógnito, y una mala interpreta-

ción podía presentar como alarde de resistencia al mandato lo que realmente no lo fuera.

¿Qué hacía el gran califa mientras temblaban sus súbditos, comentando el pregón?

Iban marchando muy despacio por la pendiente calleja de apartado arrabal, sirviendo de sostén á una infeliz decrepita que, desfallecida, cayera ante el umbral de una casa deshabitada.

—¡Oh! balbuceaba en el momento de pasar disfrazado el califa; si estuviera aquí Mohamed, el menor de mis doce hijos, me sostendría con su fuerte brazo hasta llegar á mi retirado albergue.

Abd-er Rahman, que la oyó, le dijo, aproximándose:

—Buena anciana, yo no soy ninguno de tus hijos, más podré competir con ellos en paciencia y vigor. A falta de su apoyo te ofrezco el mio, y en marcha.

Conmovidá la estenuada vieja, aceptó el ofrecimiento de Abd-er Rahman, y ambos ofrecieron un cuadro interesante y digno de ser observado: el poder y la fuerza protegiendo á esa edad delicada que se asemeja á la niñez. Delante del califa no iban heral-

dos que gritasen al pueblo: «Doblad la serviz ante nuestro glorioso emir»; ni empleados de justicia que ordenasen el castigo de la desobediencia; sólo se encontraban admiradores de su buena acción, que juzgándolo deudo de la anciana, se detenían un momento á contemplarlo, bendiciéndolo en alta voz. Así recibió el homenaje espontáneo debido á la virtud, siéndole más satisfactorio que el preceptuado por sus áulicos. Abd-er-Rahman juzgábase dichoso al oír en torno suyo: «Bendito sea el que presta auxilio á la ancianidad: concédale Dios para sus últimos dias hijos que le sirvan de amparo y le honren con sus acciones.»

— Te debo mil veinticuatro mitcales más, dijo Al-Hakem.

— Y yo debo á vuestra alteza tres coplas para terminar la historia de la dicha de su ascendiente, contestó Motamid.

— Más como hace largo rato que estás remando, me parece justo que haya quien te releve, y moviendo á Iusuf para despertarlo, exclamó el califa.

— Levántate y sustituye al remero. Este me ha descubierto lo que deseaba saber respecto á la ventura de mi padre, y merece ser honrado por mí.

Iusuf ben-Moad obedeció con trabajo, mientras anotaba el emir: «Establecer amparos para la vejez: huérfanos de los hospicios velarán constantemente [para servir de sostén á los pobres ciegos y decrepitos.»

XII.

La felicidad se busca inútilmente en una vida exenta de pruebas

Era un día en que la fortuna, inseparable hasta entónces del Omeya reinante, mostrósele contraria, abandonando las banderas de su formidable hueste, como para probar el temple del alma de su héroe favorito. Abd-er-Rahman fué vencido, sus más esforzados welies, envueltos por todas partes, vieron sucumbir sus soldados bajo las lanzas de los mesnaderos cristianos. Los caballeros árabes andaluces huían mal trechos y heridos en el más espantoso desorden, y hasta el mismo califa, que en diversos lances vióse obligado á pelear como un peon, cayendo sus corceles asaeteados, tú

vose que rendir á dos ginetes valerosos que admiraron el esfuerzo y resistencia que opuso á sus perseguidores.

Desconociendo la valla del vencido y la importancia de su captura, lo sujetaron fuertemente al caballo que montaba uno de los guerreros, dirigiéndose éstos en rápido galopar al campo de los victoriosos cristianos; pero la distancia que debían salvar era grande, y los cansados bridones negábanse á obedecer al acicate; así pues, resolvieron descansar en un sotillo para recobrar sus fuerzas, compadeciéndose de sus corceles más bien que del prisionero, de cuyas heridas brotaba la sangre en abundancia.

Qué hacía el gran califa mientras los dos soldados, sentándose á la sombra de un álamo, dejaban descansar á sus caballos empapados de sangre y sudor? Racostado sobre la hierba se entregaba á tristes reflexiones, cuando vino á distraerlo de ellas el diálogo sostenido por sus vencedores, cuyo idioma comprendía.

—Buena ha sido la jornada, pero por Santiago espero que la recompensa correspondida, porque D. Ramiro es harto generoso.

—Mayor la alcanzaríamos si, pudiendo

acercarnos al rey de los infieles, le propusiéramos un medio de venganza, guiando esta noche á sus adictos más valerosos por el lado peor defendido de los reales cuando durmieran, confiando en el triunfo.

—Desengáñate; el califa es demasiado altivo para que compre la victoria, y es tal su justicia, que nos mandaría entregar amarrados como tornadizos miserables, dignos de ejemplar castigo.

—¿Pues qué no es un hombre como cualquier otro?

—Sí; pero un gran hombre, que admira el valor y detesta la traición. Yo he peleado con él hoy, pero bien sabe Dios que al par de pedirle por el triunfo de nuestras armas, deseaba que estas no tocase á Abd er Rahman.

—¿Y por qué te interesas por él?

—Por agradecimiento. En un combate cayó mi hermano herido y prisionero como este infeliz que aquí tenemos, y lo condujeron á la tienda del rey moro, mi hermano le dijo: «Califa, mis padres no han de rescatarme porque nada poseen, de forma que puedes hacer que me degüellen, porque si los hierros del cautiverio sujetaran mis manos, con ellos rompería la cabeza del que me llamara su esclavo».

—¿Y qué le contestó?

—Pagó el rescate al que lo desarmó, y poniéndolo en libertad, le dijo: Véte, si quieres con los tuyos, y así podrás testificar que Abd'er-Rahman se precia de ser protector y amigo de los valientes.»

En esto observaron que de la herida de su cautivo manaba sangre en abundancia, é improvisando uu vendaje, se le aplicaron con esmero.

—En nombre de tu poderoso emperador, díjole el que le estaba agradecido por la manumisión de su hermano, te declaro en completa libertad.

Abd'er-Rahman os lo agradece, contestó éste, saltando sobre tordo palafren que sugeto á un fresno pacía, y desapareció veloz como disparada saeta.

La victoria que mas lisonjeaba al califa era la que por sus hechos obtenía sobre los corazones, granjeándose la estimación de subordinados y adversarios.

Al'Hakem apuntó: Los valientes que caigan en poder de mis tropas serán socorridos, y nada han de pagar por su rescate».

La noche había cerrado, el aire se hizo

húmedo y frío, y el ancho albornoz del califa sirvió también de abrigo al barquero, mientras murmuraba:—Dos mil cuarenta y ocho monedas.

—Y la protección de tu señor, añadió aquel. Iusuf, con el ruido de los remos, siguió acompañando la canción.

añadido y así, y al andar alborozos de go-
zo, me sentó también en el regazo al lado mío,
mientras yo respiraba. — Los tres estuvieron y
como mandaba.

— Y la protección de tu señor, añadió
quien, levantó con el dedo de los labios, el
cual acompañado la canción.

XIII

La felicidad no se deriva de la sumisión de nuestros inferiores

Sordos rumores esparcidos por Córdoba acusaban de haber urdido un complot á ciertos funcionarios. Los habitantes de la corte islamita se decían en secreto que la vida de Abd-er-Rahman se hallaba amenazada; recayendo las odiosas sospechas en el anciano Mahadí, médico damasquino que en varias ocasiones había hecho recobrar la salud al príncipe.

¿Qué hacía el gran califa mientras en torno suyo zumbaba la perfidia, señalando hasta el momento en que debía morir el decrepito sabio como instrumento de desleales?

Resolviendo poner á prueba la virtud del acusado por la voz pública, lo hizo comparecer en su presencia y le dijo:

—Mahadí, tu ciencia es tan útil como terrible, porque así como puede hacer que la sangre circule, enseña á paralizarla instantáneamente en las venas. Por esto te llamo.

El anciano manifestó su asombro en silencio, y el emir prosiguió:

—Quiero deshacerme, en secreto, de un enemigo: prepara un tósigo que no deje señal exterior que infundir pueda sospechas cuando sucumba el miserable.

Mahadí respondió con firmeza al califa que lo observaba con su mirar penetrante.

—Señor, he aprendido á confeccionar antidotos y tisanas para que no se acorten los días señalados en las divinas tablas á los buenos creyentes, pues nunca esperé que una lumbrera del Islám me trocase en verdugo: conozco la manera de prolongar la existencia, mas no la de abreviarla; y si este secreto me lo hubiesen revelado la naturaleza y los hombres científicos, daría mi vida antes de convertirme en auxiliar de ocultas venganzas.

No contento con esto Abd-er-Rahman, continuó la prueba, y conduciendo á Maha-

dí hasta una interior alfagia, próxima á sus baños, le mostró en cofrecillos arabescos, piedras preciosas, áureas preseas y columnas de monedas, sacando después acerados flagelos y cortantes serruchos, diciéndole con acento solemne:

—Elije entre estos objetos, que serán premio de docilidad sin réplicas, ó instrumentos para castigo de la desobediencia.

El recto musulman, señalando á los últimos, replicó tranquilamente con la mayor entereza:

—Sea desgarrada mi carne y mis huesos mutilados por la sierra, antes de faltar al juramento que hice en la Academia de Damasco al abrazar la más noble de las profesiones, inventada para la salud del hombre y no para exterminarlo. Manda en buen hora sobre mi vida, pero no sobre mi conciencia.

—Mando que vivas, repuso el califa, para que seas respetado y sirvas de limpio espejo á los servidores de tu señor.

Al-Hakem se levantó y dijo á Iusuf:

—Siéntate al lado de Motamid y cédeme los remos, para que pueda decirse que el hijo del poeta desconocido Hamud, ha sur-

cado el Guadaquivir, llevándolo como bar-
quero el inmediato sucesor del magnánimo
Abd er-Rahman.

Creyéndose indigno de tan alta honra,
tratóse de resistir el cantor, pero el califa
mandaba, y al empuñar los remos añadió:
—Al honrarte á tí, honro á tu padre, y
entretanto no echés en olvido que te ha de
abonar mi tesoro cuatro mil noventa y seis
monedas sobre las que ya te debía. Sólo
falta el final de tan interesante poema.

XIV

La felicidad no es patrimonio de una larga vida

Un día salió Abd-er-Rahman acompañado de varios caudillos y magnates de su corte, dirigiéndose á las afueras de su ciudad querida. De repente palideció el emir, se enervaron sus fuerzas, y cayó sin sentido en brazos de sus más fieles y adictos servidores. Cerca de aquel paraje se veía la cabaña de un pobre pescador que se llamaba Hamud, quien anhelaba, tiempo hacía, verse inmediato á aquel que llenaba al mundo con su gloriosa fama.

—Dispon tu lecho, buen hombre, para que en él repose el cuerpo del califa que

acaba de espirar, le dijo uno de los que conducían al inerte emir.

Apenas circuló esta nueva fatal por Córdoba, precipitóse hasta la barraca de Hamud desolado gentío, quedándose desiertas la ciudad y las alquerías inmediatas.

¿Qué hacía el gran califa en tanto que un Imam, solo y de pié junto al lecho fúnebre rogaba al Omnipotente por aquel astro apagado que había sido esplendor del Islám?

Con los párpados entornados como si una mano de plomo se los oprimiese, sin poder articular palabra á causa de la invencible postración que lo dominaba, entorpeciendo sus miembros, oía el emir las exclamaciones y el llanto de sus vasallos, interin el emocionado sacerdote muslim, sollozando decía:

—Noble y grandiosa víctima de la muerte, ¡yo te saludo! Si basta practicar la virtud para subir á las mansiones luminosas del paraiso, el ángel Gabriel estará en tu compañía.

Una madre se acercó, llevando á su hijo, y balbuceó estas frases:

—¡Yo te bendigo, porque eras el amparo de las viudas.

Un joven repuso, arrodillándose:

¡Yo te saludo, padre cariñoso de los huérfanos!

Un enarcado y decrépito guerrero se prosternó á la vez, añadiendo:

—¡Gualá! (¡Por Dios!) ¡Ante tí debemos postrarnos, porque respetate siempre el valor y la vejez!

Así fueron desfilando innumerable de creyentes, dando al inmóvil califa los envidiables dictados de virtuoso y bienhechor; más de súbito, al quebranto sucede la esperanza más consoladora. El inanimado cuerpo toma algún movimiento, sus ojos se entreabren, recobran las mejillas un rosado matiz, y por último, desaparece el imponente paraxismo, incorporándose el amado príncipe, mientras se oyen, repetidas veces estas palabras:

—¡Ah!—bien lo decíamos: tan pronto no debia morir.

—¿Y qué me importa morir? exclamó Abd er-Rahman, juzgándose dichoso al convencerse de que era tan estimado de los suyos. La muerte no es un penoso trance cuando tenemos quien conserve nuestra memoria y la enaltezca.

Al-Hekem estaba tan conmovido, que no

¡CATORCE DIAS!

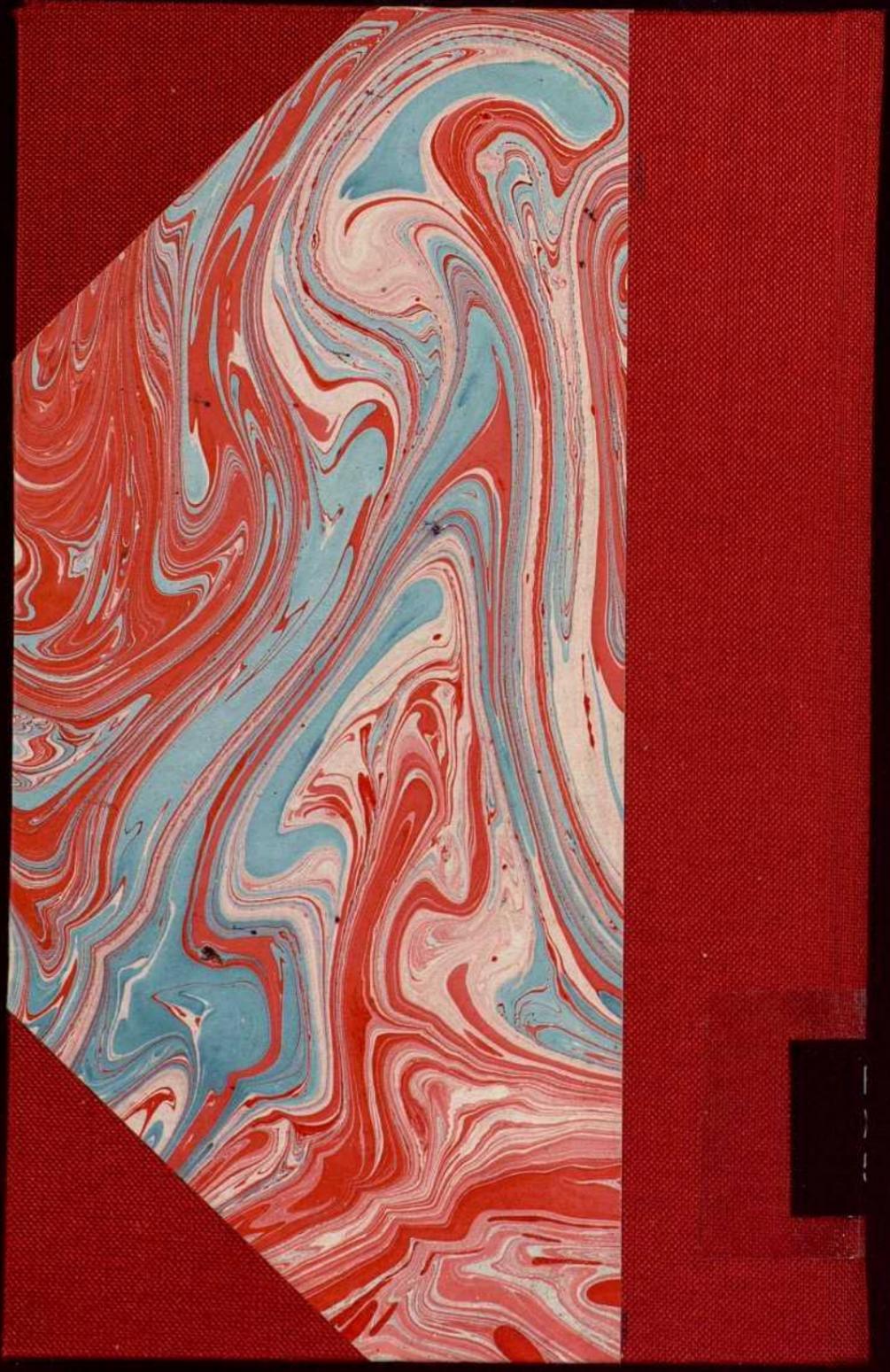


pudo articular palabra, y saltando en tierra con su servidor Iusuf, emprendió silenciosamente el camino de Azahra.

Motamid, entretanto, dejó amarrado á la orilla su markab, y prosiguió su marcha hasta la barranca donde sus hijos dormían, calculando que la canción heredada de su padre le había valido diez y seis mil trescientos ochenta y tres mitcales de oro, incluyendo los que á la última estancia le correspondían.

—Veremos mañana si todo esto ha sido un sueño, murmuró al llegar á su vivienda.

Aunque los autores arábigos nada dicen que puedan servir de epílogo á estos peregrinos puntos, es de presumir que el fastuoso príncipe Omeya, que hizo construir el renombrado mihrab de la Aljama cordobesa, cuyos imitados primores causan la admiración de los turistas en la actual Exposición de París, recompensaría, como prometió, al que le revelara los días venturosos de su egregio padre; y es fama que muchos siglos después, al remover escombros en el paraje donde brilló la portentosa Azahra, descubrióse una mutilada piedra donde en esculpidos caracteres cúficos se leía. «Morada de los descendientes de Motamid, hijo de Hamud».



FAN
XIX
511